

decir misas, me salió á la parada, ofreciéndose á decir las á cuenta; mas yo le dije: No, señor, que han de ser misas con diácono y subdiácono, y en su aldea no hay lugar para tanto. Si esto no digo, cogido me había el cura. Entré en mi casa, recibíeronme, vivía, y aun á penas. Con todo eso me temian, por ver que me había sabido valer de rey y de iglesia, pues traje carta de excomunion para los ladrones de fuera, y ejecutoria contra los ladrones de adentro. En virtud de la sentencia, nombé un curador á mi gusto, que era un hombre de armas, á quien yo conocia muy de atrás, y á la sazón estaba conmigo muy adelante en voluntad, y no le nombé tanto por finezas de amor cuanto porque, para defender mi hacienda y persona, tenia armas y dientes contra aquellos galeotes, mis hermanos, cuya cólera creció con el nuevo enfado de la sentencia favorable. Este hombre de armas era viudo y estaba de asiento en Mansilla, y posaba en la misma casa de mis hermanos, y aun la sustentaba, no de comida, sino de juego. La voluntad que yo le tenia era sana y sincera, aunque no poca, que verdaderamente las mujeres, si no nos previerten, sabemos querer sin ofensa de Dios mucho tiempo, sino que no nos entienden, que nosotras somos como mariposas, que querriamos tratar el fuego sin quemarnos. Con esta letura acudia á él en todas mis necesidades, y aunque el hombre me amparaba de merced, con todo eso me pareció que me importaba buscar marido que le doliese mi hacienda y me amparase de justicia, por lo cual determiné mudar estado y meterme en la orden de matrimonio. Algunas amigas mías me daban modos de devociones para casarme; mas viendo que eran muchas de ellas de risa, las dejaba; hallé por mi cuenta que son mas las recetas de devoción para casarse que las que hay para dolor de muelas. Acuérdomme

que hice azotar á una mujer porque me dijo que madrugase la mañana de San Juan, al punto que alboreaba, y que cual fuese la primer cosa que viese, tal sería mi novio. Madrugué, y lo primero que vi fué un borrico que venia rozando; esperé otro poco, y pasó un sacristan capon. Tómame la esperanza para bien matrimoniar. Dejéme de está, y dí en hacer las romerías cosas, que son ir á las mas léjos, parte por alejarme de aquellos verdugos insertos en hermanos, parte por poder decir que el marido traído de léjos es precioso. Imité en esto á la tórtola, que cuando está descasada se aleja de su nido y no vuelve á él hasta venir enmaridada. Esto de encontrar con buen marido es como quien compra melones, que ni el hombre sabe si el melon que compra está maduro ó verde, ni si es todo pepita ó todo carne. Solo dice que el melon ha de tener tres calidades, pesado, escrito y oloroso, y á esta cuenta buen marido encontré yo; porque en lo que toca á escrito, no habia otro mas escrito en España, pues lo estaba en mas de veinte compañías de soldados, y á las menos habrá servido, y aun la frente traía escrita con cuchilladas; pesado, no lo era poco; oloroso, tambien lo era, que de ordinario traía una poma porque no le oliese mal una fuente, y le duró la poma hasta que un dia la jugó al treinta y uno; mas no por eso dejó de oler, que como quedó pobre, olía á picaro á cien pasos, que todo es olor, ó bien ó mal.

APROVECHAMIENTO.

Pondera el gran descuido de tomar santas devociones para encaminar á Dios el matrimonio santo, por lo cual hoy dia tienen los matrimonios fines tan aviesos y desgraciados.

LIBRO CUARTO.

LA PICARA NOVIA.

CAPITULO PRIMERO.

Del pretendiente tornero llamado Maximino.

Redondillas de solos dos consonantes, de mano de Justina.

Un Maximino de Umenos,
Por ir de menos á mas,
Quiso, ni poco menos,
Poseer en mi lo mas.
Fingióme ser, cuando menos,
Mendoza, Guzman, y aun mas;
Mas todo fué por demás,
Porque era un pelon, y aun menos.
Yo le dije no haya mas,
Señor mínimo de menos,
Que ni tengo amor de mas,

Ni tengo seso de menos.
Y no me torne aquí mas,
Señor tornero; á lo menos
Visite mi casa menos,
Si quiere no tener mas.
Dijo Umenos: A lo menos
No me quitarás jamás
Que te quiera mucho mas,
Cuanto me quisieres menos.
Si así procedes de hoy mas,
Tal es lo mas cual lo menos,
Ruégote vamos á menos,
No me envides mas y mas;
Ni mates ni mueran mas,
Que Dios nos hizo de menos,
Y aun es poco mas ó menos
Lo que va de mas á mas.
Y si es extremo tu mas,

Y es otro extremo mi menos,
Estima menos tu mas,
Porque valga mas mi menos.
Que aunque yo te viera en menos,
Y me viera á mi en lo mas,
En mi mas tuviera menos,
Porque entraras tú en lo mas.
Sube un poco mas mi menos,
Baja un poco mas tu mas,
Y con eso desde hoy mas
Umenos no será menos.
Porque siendo tú algo menos,
Y yo tambien algo mas,
Creeré yo tanto mas
Cuanto tú fueres de menos.
Aquesto me dijo Umenos,
Y trecientas cosas mas,
Y aunque nunca me amó mas,
Nunca yo le quise menos.

Dos cosas hay en los pueblos pequeños que no se pueden esconder, almoneda y moza casadera; y como me olieron á víspera de novia, iban y venian pretendientes como la vanagloria. El primer pretendiente mío, á lo menos de los primeros, fué uno tan falto de hacienda y traza cuan sobrado de amor y buen despejo, mocito espigado, barbiponiente, bermejolo, pintojo, espadachin, no mal talle, sino que tenia la cabeza chica, que parecía porro de haves, señal de poco seso, y la cara hoyosa de viruelas, tal que parecía molde de picar botas. Llamábase Maximino de Umenos, y aun era menos de lo que parecía. Este, despues de haber hecho algunas demostraciones, no tan costosas como gracias, pensando que mi casamiento era de casta de quínola, que se hace sin descarte, ó de un blado, que se hace en el aire, me dijo, como cosa hecha sin arenga ni exordios: Señora Justísima, si usted me quiere por su criado de las puertas adentro, para almohazar su mula, ensillar su yegua, lavar sus paños, coser sus sayas y para otros oficios á esta guisa, aquí estoy, hágase su voluntad; créame que no soy perdido sino de amores, y no por todas, sino solo por voarced, á quien quiero por mi esponja. En parte me cayó en gracia el deuedo del hombre.

Díjeme que me dijese qué oficio tenia. El titubeó algo acerca de este punto; pero como era descaradillo, limpióse de saliva y de vergüenza, y díjome: Una alma conjurada no puede negar la verdad; y así sabrá usted que no tengo un oficio, sino muchos, y son mas que los de los libros de Tulio. Mis oficios tienen tiempos, como el ganado pastos; yo al verano torneo, al invierno pongo en orden lanzas, garrochones y rejonés para hacer lo que se ha de hacer en su tiempo, y aderezo garrochas pavonadas para toros, y aun si tomo un caballo entre manos, no hay quien dé mejor cuenta de él que yo. Hidalgo como el gavilan, que soy Mendoza, Guzman, Cabrera, y de ahí arriba cuanto mandare. Soy vizaíno, alavés, linda res, y mozo que no me duermo en las pajas. En esto último bien sabia yo que mentia, porque me constaba que maldito el colchon tenia en su cama, sino que dormia ras con ras sobre las pajas de un jergon, á causa de que el colchon le tenia empenado en casa de un sastre que le hizo colete, ropilla y valones para seguir su pretension. Yo

bien adiviné que este mocito no tenia caudal para ser admitido á tálamo y que todo era fruslería; mas con todo eso no le quise responder de repente, porque no me sucediese lo que á la diosa Delio, que queriéndola por mujer el dios Apolo, le desechó, por verle que venia mal vestido y á la ligera el paso de largo; y cuando ella vió que llevaba tras sí todo el ejército del cielo por criados, arrepentida juró hacer de ciertos á ciertos tiempos un gran llanto y vestirse de luto; y de aquí provinieron los eclipses y diluvios de Delio, que es la luna. Así no quise desecharle á este pretendiente, lo uno por lo dicho, que debajo del sayal hay al; lo otro porque es ignorancia de damas casaderas despedir un pretendiente hasta que pique otro. Es cordura que nunca esté vacío el puesto, que taberna sin gente poco vende. Mas ya que acudieron al reclamo otros opositores de mas suficiencia y partes, yo, que estaba muy bien informada de las pocas de este barbiponiente espadachin, le llamé, y dije: Señor, yo he pensado en aquel negocio que usted me dijo el otro dia, y creo que conforme á la relacion que usted me hizo, me engañaba en la mitad del justo precio; de veras que cuando usted me dijo que era torneador en verano, entendí que ocupaba usted el tiempo del verano en torneos y justas, y parecíame bien, porque el tiempo del verano, en el cual la sangre se dilata y los miembros se desencogen, es acomodado para los ejercicios belicosos, y yo no estoy mal con personas de esa profesion; mas segun soy informada, el tornear usted en verano es que usted es tornero, y en el verano tornea trompos para los muchachos; y me han dicho que el poner usted en orden lanzas y garrochones, es que en invierno no tiene que hacer, sino aderezar estos instrumentos á quien se lo paga; y lo de dar cuenta del caballo, segun me han dicho, es que usted, si se lo pagan, engorda los caballos con zanahoria, pan de linaza y aceituna, que dicho en buen romance, es que usted es tornero de niños, garrochero de bobos y almohacen de caballos. ¿Es así como lo digo y la fama lo canta? El buen del alavés, que tenia muy poquita vergüenza, se quitó su sombrero, y dijo: Sí, señora, lo mismísimo; está vusted en lo cierto, véalo voarced si le arma el mozo. Cuando esto oí, quisiera pelarle las cejas de puro enojo; mas templéme, considerando que él hacia como discreto en buscar su remedio como mejor podia, y que yo era libre para hacer mi gusto; y por no perder ocasion ninguna que fuese de él, le comencé á dar un poco de vaya; y volviendo el rostro al sesgo como se usa entre matraquistas de la hampa, le comencé á decir veinte cosas. Sor tornasolado, le dije, dígame por vida de ese banco de botonera y por esas barbas de oropel, ¿no halló otro oficio que mas le cuadrase que el del tornero veraniego? Pues ¿tan amigo le parece que soy de maridos que tengan oficio de á pié quedo y de siempre en casa? Pues ¿no ve que siendo tornero de dos de queso, en faltándole que hacer, le enviara por cuernos al rastro para que torneara tinteros para toda la vecindad? Dígame, ¿tantos toros pensaba correr, siendo mi ma-

rido, que se ofreció de aderezar lanzas y garrochones con que torearlos? Consuélese con que sabe poner en orden caballos, que para cuenco haya de salir de semejantes ocasiones, tan avergonzado como corrido, estarle ha bien, y saldrá encima de esos caballos. Una cosa le quiero preguntar, y respóndame, que yo le doy licencia que me hable: ¿Por qué en aquella relación que me hizo de sus oficios, calidades y partes no me dijo en qué le podía yo ayudar en aquel oficio de torneador veraniego? No hube bien preguntado esto, cuando el mancebilleto me respondió sin maldita la pepita: Sora mía, yo la diré á voarced de lo que me habia de servir, si matrimoniáramos los dos. Habíame de hacer cordeles de cerro y amolar las puntas á los clavos de trompos y peonzas, porque los muchachos dejaran toda la ganancia en casa.

Aquí confieso que me enojé un si es no es, y me desprendí dos alfileres de la paciencia, y sin ellos y sin ella le dije: Muy pícaro de á ocho en cuarteron, lo que ha de hacer es ir á buscar moza á Ubeda, donde son los buenos cerros, y busque una aguzadera de puntas de trompos en la manflota, que Dios es mi padre, si otra vez me mira al rostro ni estampa el pié veinte y cinco pasos de mi puerta, le haga yo al trompero trompon, no solo ir trompicando, pero tornearle las espaldas y sacarle la punta de la lengua por el colodrillo de esa cabeza de peonza. Temióme sin duda el pretendiente, é imaginando que yo tenia de respuesta los diablos de san Anton, se encomendó al caballo de los piés: ¡Cosa rara, cuán en manos de una mujer está, en coger y en descoger un hombre, ponerle hecho un ovillo y hacerle dar hebra! Ansí le metí á este las cabras en el corral, como si yo fuera el gigante Gólfas.

Mas no me espanto que nos teman los hombres, que como decia el señor don Carlos, aquel capitan es mas temido que sabe mejor vencer con paga y amor la voluntad de sus mismos soldados; y como nosotras pagamos á nuestros Roldanes en moneda de á dos caras, adelantadas las pagas, no hay hombre que no nos tema. Una vez oí en casa de unos caballeros sobre mesa seguir este intento; y uno trajo á este propósito aquella pregunta comun de que por qué causa á la fortaleza la pintan como á mujer. Y respondió diciendo que por la causa dicha. No me pareció cosa muy á propósito. Mejor dijo otro, que salió con menos orgullo y mas razon. Este prosiguió el intento, y dijo que para significar los antiguos cómo las mujeres somos valientes de acarreo y temidas cuando queremos, pintaron á la fortaleza en servicio de Vénus, y que otro pintó á Vénus, que yendo volando, arrebató la fortaleza, y la llevó gran trecho á mal de su grado, y la metió entre unos agrios peñascos, convecinos de un su jardin, y en estando en ellos, le quitó la capa á la fortaleza, y la hizo que cavase y cultivase las peñas, plantando en su lugar árboles deleitosos y edificase una fuerte torre; y añadió haber leído en muchos poetas que los mas copiosos ejércitos del mundo los habian capitaneado mujeres; no por otra causa sino porque la fortaleza viene á ser esclava

del amor y las mujeres; y concluyendo la plática, dijo:

No se espante nadie que las mujeres sean temidas; que pagan sus soldados adelantado, trazan con sosiego y pelean sin peligro. Este pretendiente se llamaba Maximino de Umenos, y sobre uno y otro apellido le dije algunos conceptos razonablejonazos, parte de los cuales puse al principio de este número y parte está escrito en el envés de mi memoria, y por no descogorla me perdonarás el cuento.

APROVECHAMIENTO.

Los que pretenden casarse en estos tiempos mienten en su calidad y casi en todo, siendo el contrato que con mayor verdad se debe tratar.

CAPITULO II.

Del pretendiente disciplinante.

Liras de piés cortados.

Un pelon desgarra-
Que andaba amartelado por Justi-
Por verse remedia-
Pidió al dios Cupi-
Le diese de limosna un buen vesti-
El tiego de Cupidi-
Como ciego, pobre inocent-
Le dió un pobre vesti-
Mas para penitent-
Que para ostentacion de pretendient-
Dió al triste amant-
Camisa, capirote y discipli-
Y hecho disciplinant-
Pasea su Justi-
Mostrando en azotarse gallardi-
En fin, de aquesta empres-
Saltó disciplinante remoja-
Y á toda furia y prie-
Seguido de mucha-
Que le hicieron huir mas que de pa-

No se le puede negar al amor que es inventivo, y que en trajes y disfraces tiene la prima, no trato del amor inventivo, porque en mi casa llueve como en Toledo de las tejas abajo, que ni soy Icaro, ni Faeton, ni Simon Mago, ni marqués de las nubes, para que el vuelo de mi lengua y pluma suba medio coto sobre el caballete de un tejado. Digo pues que con justo título se le dan al amor de inventivo, pues muda y disfraza como quiere las gentes; porque quien es tan poderoso para en un instante trocar las almas, no es mucho que lo sea para trocar los vestidos, si no es que sea los vestidos del otro portugués que se vistió para morir y dijo: *Ahora máteme Deus, con condezaon que el dia do juicio no me tire este vestido ó truque, que eo quiero, que co o meo me faga Deus ben.* Muchas cosas te pudiera decir por donde conocieras los raros disfraces y ensayos del amor; mas por ahora me contentaré con decirte uno de los mas donosos que has oido, y es de un pretendiente mio, que no teniendo otro modo ni manera cómo hablarme, dió en vestirse de disciplinante, para que no le faltase al amor librea que no haya dado á los suyos. En mi pueblo habia un hijo de una lavandera viuda muy regalon y muy hijo de viuda; éralo tanto, que él solo se sentaba á comer á la mesa y su madre le servia como si fuera madre

al uso de Janja; nunca la llamaba mi madre, sino la mi lavandera. Harto tenia la madre que afanar para sustentarle á él. El provecho que de él se tenia en casa no era sino solo que estando él en ella jamás se endurecia ni tomaba de moho el pan, y para pasar dos azumbres de vino de un aposento á otro no habia menester bota ni jarro ni cuero. Tambien habia su madre dél otro provecho, y era que cada dia despues de comer la contaba un pedazo de la historia y descendencia de los Machucas; concluia siempre diciendo: Lavandera mía, de esta gente fué vuestro marido y mi padre, que sea en gloria. Hidalgo era, aunque pese á ruines hombres, que aunque le hicieron pechero, fué cosa injusta, y el rey nos debe todos los pechos mal llevados desde doscientos años acá. Yo soy hidalgo; que en Castilla el caballo lleva la silla. Con este cuento andaba la madre tan pagada, viendo que su hijo no era solo hidalgo, sino becerro de hidalguías, que daba sus servicios por bien empleados, en razon que de su linaje hubiese en el mundo un hidalgo. En fin, la pobre vieja andaba machucada, y él muy pomposo por el lugar. Tenia el mozo no mal talle, antes era alto, bien dispuesto y por extremo blanco, y de tan buenas carnes como mal espíritu. Púsosele en la cabeza el casar conmigo; gustara él para esta aventura hallarse muy vestido y arreado; mas no le fué posible por ninguna via, porque aunque él quisiera hurtar algun vestido negro mal guardado, no le habia en el pueblo, que por entonces no vestian los de Mansilla paño guineo, ni tampoco era para él oficio de ladrón, porque por no llevar él una mala noche anduviera en cueros. Esta ocasion de verse con tan poca ropa le detuvo de venirme á hablar cuerpo á cuerpo y decirme su razon. Si que pasaba él con otros por la calle, y miraba hácia mi ventana; mas tornando á mirarse, deshacia la rueda de los ojos, y alentaba las del cuerpo para pasar de largo. Sin duda que le vi un dia con unas calzas, que para no perderse el pié y pierna al embocarse en ellas, era menester una guia de hilo á hilo; los gregüescos tan repelados, que mas traia gesto de torreador acornado que de pretendiente amoroso; sayo y capa de la misma muerte. Y con andar así, era tan poderosa para con él la descendencia de los Machucas, que forcejaba contra la tempestad de sus trapos y pobreza, pretendiendo arribar al tálamo de Justina la hidalga. Vino mayo, y con él un dia florido, alegre y claro, fiesta de la Cruz. Este dia se resolvió ponerse de librea para rondarme la puerta y decirme su razon, y la librea que tomó fué vestirse de disciplinante; y porque se declarase ser acertado jeroglífico el de aquellos que por ley ordenaron que las mortajas de venta se colgasen á las espaldas del templo de Vénus, madre del dios de Amor; pues este idólatra de su cuidado descolgó este ensayo y mortaja del templo de Vénus, que en su alma hizo para suplir la falta de un buen sayo. Su discurso fué este. Las partes con que yo puedo competir son con que vea mi buen cuerpo, disposicion y blancura de carnes descubiertas, y aun será posible que el verter mi sangre la mueva á compasion; en cumpli-

miento de este propósito, se fué á la ermita que llaman de San Roque, y allí se vistió de una sábana de Ruanmía, la cual yo habia dado á lavar á su madre. Comenzó á azotar y andar á son. La traza del disciplinante era tan donosa como gallarda, si cayera en otro sugeto. Dábase tres azotes en buen compás, y tras ellos daba otros tres gallardos pasos con el azote sobre la espalda y los brazos puestos en asa. Como el disciplinante era solo uno, y el ruido tanto, y el uso tan nuevo para aquella tierra, en un punto aporroquió todos los muchachos de la villa que llegaron á mi puerta; y como no podia llamar al cerrojo, un poco antes de llegar avivó en tanta manera el ruido de los golpes, que entendí que me corria la calle algun desaforado caballo; asoméme á la ventana, y como el disciplinante vió que yo le miraba, por me hacer favor dobló la parada de los azotes, y acortó la de los pasos, dándose á cada paso y medio seis azotes, y repicábalos á buen son. Cuando vi tal furia de azotes tembláronme las carnes de miedo, y cierto que sospeché que eran azotes del otro mundo, ó que era el ánima de Pavon que andaba en penas por mi puerta. Quitóme de este miedo un muchacho que me dijo: Señora, Machin es, ¿no le conoce? Entonces viendo que era hombre de carne y sangre y buena sangre, segun él decia, naturalmente me compadecí de él, y sin mirar lo que decia ni lo que podia suceder, olvidada totalmente de que aquel era pretendiente mio, dije: ¡Ay el mi disciplinante, y qué llagado vas, y quién te pudiera socorrer y consolarte! No hube bien dicho esto ni él oídolo, cuando pensando que era hecho su casamiento y mi voluntad conquistada, sin mas ni mas, dejando la procesion de los muchachos en la calle, dió á uno el capillo, y á otro el azote, y se entró en mi casa, y subiendo á toda furia uno y otro alto, se puso en mi presencia; yo temí que así hecho morcilla me diese paz, y huíle el cuerpo. Yo no sabia si reirme ó enojarme en semejante ocasion; en fin, me reporté, y le pregunté: Hermano, ¿quién sois? ¿A qué venís, ó qué quereis? A esto me respondió: Señora, al quién sois, digó que soy un ave fénix. Y si me pregunta á qué vengo, digo que á si me quiere mandar algo; y si me pregunta que qué quiero, es si le está bien casarse conmigo. Yo no pude tener la risa, soltéla, saljó; y queriendo mi risa retozar con el disciplinante desnudo, enfríose y tornóseme al cuerpo; con esto tuve lugar de hablarle, y dijele: Por cierto, señor hidalgo nuevo, yo tenia lástima de ver sus carnes tan desangradas; pero ya mas la tengo al seso que se le va que á la sangre que le corre; y pues me habla por párrafos, haciendo una razon de tres esquinas, como bonete de entremés, yo le quiero responder con otra razon de tres gajos, como cuerno de ciervo ó asador de boda, por los mismos casos. Hame dicho que es ave fénix, y mucho me pesara si lo dijera de veras, porque si se le antoja morir quemado, como suele el ave fénix, no querría me quemase esa sábana de Ruan que dí á su madre para lavármela; y como sea verdad que esa sábana no se cortó de la tela del mantel de

Plinio, el cual se lavaba y purificaba con el fuego, no querría que pensase su madre que quedara lavada mi sábana quemándola él con el fuego que promete. No debió de querer decir usted que qué es ave fénix, sino pelicano; y aun se puede creer, y yo lo creyera, si la sangre que saca á traición la sacara en somo del garguero, como dicen los de su tierra. A lo segundo que me dice, que viene á que yo le mande algo, digo que no he visto disciplinante tan bien mandado, ni él ha visto mas mala mandona de disciplinantes; no mando yo á gente en camisa, demás de que yo tengo escrupulo de sacarle de un tan buen paso como lleva. A lo tercero de casarse conmigo, la respuesta está en la mano: yo concedo que los hidalgos han de ser recibidos con sola la capa y espada, y las hidalgas en camisa; pero ni pide justicia que reciba yo á un hidalgo en camisa, como si fuera mujer, y sin la mitad de la buena sangre, que yo tanto apetezco. No quiero yo amante que echa su amor en las espaldas, sino por el lado del corazón. Hermanito, tome su capirote y su azote y trote, mire que hace falta á tanto del bello muchacho que le aguarda, que no quiero yo que por mi culpa se deshaga la procesion de la Vera Cruz de mayo, ni quiero, si hay falta de agua, tenga la culpa yo, por hablar á la mano á un disciplinante tan devoto como él. Ya tú ves con esta respuesta cuál se marchitaría el pobre disciplinante; cree que si le vieras bajar las orejas y las escaleras, vieras el retrato de la quinta langosta; tardó en bajar media hora, que un corrido corre poco. En este comedio tuve yo lugar para hacer del ojo á un angelito de la vanguardia, que estaba fregando las escudillas, que hiciese lo que sabia; entendiome, que en mi casa todos entendian á medio guiñar. Ya que salió á la puerta, fué muy bien recibido de los muchachos, que allí esperaban su advenimiento; duró no poco la rifa, y él tuvo por bien tornarse á incorporar el capillo, por no se ver mas avergonzado. Tomó su azote, y dando un vehemente suspiro, alzó los ojos á mi ventana; entonces por sus méritos y pasiones, de la nube de una gran caldera descendió sobre su cuerpo una gran chaparrada de agua á medio hervir, harto limpia, pues limpiaba los platos, en que hubo para él y para los muchachos. Ellos enojados de la mala vecindad, comenzaron á tirar barro y terrones al disciplinante, como si fuera encorizado; él con la cólera quisiera entrar á machucar la moza; mas ya ella habia asegurado el paso, porque tenia echada la tranca; y por si repicase el aldaba, tenia prevenido un canto. Ya que no tuvo otro medio con que mostrar su enojo, echó tras los muchachos, con intencion de hacerlos disciplinantes de por fuerza; mas ellos revolviéron sobre él con tanto brio, que (como los ratones vencieron los valientes de Rodas) le vencieron al valiente hidalgo, y fueron tan poderosos, que le echaron del pueblo así en pelete como estaba, y hasta hoy no ha tornado al pueblo. Sabido el alboroto, vino la justicia, tomome el dicho; yo dije que aquel hombre me habia dicho que yo era un ángel, y que aquella casa era cielo y co-

sas á este tono, y que yo me hice cuenta mi casa es cielo, y este disciplinante de por mayo sin duda pide agua, y así mandé que se le echase, porque no fuese corrido de que con tau recios azotes no sacaba agua del cielo de mi casa. Diéronme por libre, aunque no habia para qué, que yo me lo tenia á cargo, pues fui siempre mas libre que el ave que canta siempre su nombre.

APROVECHAMIENTO.

El loco amor vuelve los hombres locos, y hace que con vergüenza y deshonor sea castigado quien le admite en su alma.

CAPITULO III.

De los pretendientes que ni quiero ni creo.

Redondillas de piés esdrújulos.

Aquí verás junto al tálamo
La celebrísima Filide,
Y festejar á Amarilide
El amor con dulce cálimo.
Aquí verás la matricula
De muchos miseros báganos,
Que con almas de canicula
Tienen bolsas de carámbanos;
En fin, verás que amor si es pobre y picaro,
Alas da, pero son alas de Icaro.

Así como en un cuerpo humano vemos que su hermosura no consiste toda en ojos, que eso fuera ser el hombre puente; ni toda en piés, que eso fuera ser copla; ni toda en brazos, que eso fuera ser mar; ni toda en manos, que eso fuera ser papel; sino que tambien requiere la hermosura que haya uñas, cejas, cabellos, vello y otros excrementos; así el conocer el honor de haber sido pretendida no consiste en que se conozcan los amantes admitidos tanto cuanto en que se conozcan los desechados, que son como excrementados: estos han de honrar mi historia.

Estos desechados honran á las damas como espina á flor, como cabeza de tirano á piés de capitán, como cautivo acoyundado en carro de triunfo; y créeme, que pudiera hacer una historia entera de los varios sucesos que en mi breve doncellez me sucedieron; porque no hay duda sino que una moza, despues que se embarca en el propósito de casar, es navío que compite con todos los vientos derechos y traveses, altos y bajos, mansos y furiosos; y aun es como roca ó muro de junto á mar, donde son tan frecuentes las olas, que por instantes unas á otras se van siguiendo el alcance, hasta que mansamente se quebrantan en la ribera, roca ó playa arenosa, sino que hay olas que para ser apacibles es necesario que no salgan de madre, y otras que para serlo es necesario que salgan de madre. Quédese así: solo haré en general alarde de mis aventureros pretendientes, porque decir en particular de todos, fuera reducir á cuenta los átomos del sol, las estrellas del cielo, las gotas del mar y los mínimos de las cosas cuantiosas y continuas y los juramentos falsos de los mercaderes. Unos de mis pretendientes ponian la gala

en mostrarse graves, por parecerles que yo tenia algunas avenidas de toldo y entono grave. Estos pasaban por mi calle tan llenos de este almidon y tan embullidos de juicio, que parecian unos senadores de Atenas. De estos me reia yo mucho, considerando su corto entendimiento, pues no veian que el fuego corporal de las minas quita la gravedad á las rocas y peñas, y las levanta desde lo ínfimo hasta la torre de Eolo, aligerando su peso; y ellos, siendo de pluma, presumen que el fuego interior de su amor los vuelve en piedras, peñas y rocas de gran peso. No creo amor tan de á pié quedo, que es amor peñasquino; amor que para cuerdo es loco, y para loco es cuerdo, no creo al amor: si ese es amor, eso fuera creer que el amor solo por bien parecer tiene saetas ligeras en las manos, y en el cuerpo voladoras alas; y fuera pensar que el fuego enfria y la agua seca. No creo en el amor si ese es amor. Otros daban en querérme enamorar por galas, y estos ponian todo su fin en ir muy entablados de espalda, á puro papel y engrudo; sobrepuestos de pantorrilla, á puro embutir calzas estofadas; asentados de planta, á costa de tacon delantero; borneadizos de empena, á puro torcedor; y sobre todo, descontentadizos de cuello, yendo siempre tomando el sumorgujo hácia dentro, y finalmente, nunca contentos del asiento del vestido. Allí vi ser verdad que una de las necesidades que están en la lista de España es que el galán español siempre se anda vistiendo; mas no creo en amor, si este es amor, si no es que pensemos haber sido acaso el pintar al amor desnudo y como niño, que no se sabe ni puede vestir. El amante de veras no le ha de sobrar tanto tiempo para acordarse de su vestido, ni ha de ser su amor tan garrapato que se quede en el vestido del mismo amante, sin salir afuera. Eso llamo yo ser Narcisos de sí mismos, y no amantes de sus pretendidas. Es su amor fuego de tan poca fuerza, que los enciende por de fuera, como á ungidos con agua ardiente, y por de dentro los deja frios; estos son amantes de entre cuero y carne, requebradores de boca de estómago, y aun estomagadores de boca. Otros daban en representarse enamoradísimos y derretidos. Estos iban por la calle como absortos y asustados, haciendo de su corazón Vulcano, y de su frente cielo, y de sus ojos rayos, con que abrasar mi casa y persona; y si les parecia no tan á propósito este ensayo, luego que me vian, mudaban figura, trocando sus guiños locos en un mirar piadoso y tierno, y con él iban mansamente repasando el espejo de mis ojos, y al trasponer de la calle, se cosian como pulpos á un canton, tan sesgos y enteros como si hubieran venido por cuerda como cohetes; y si acaso yo al descuido les daba una onza de mirame Miguel, allí era el alcahofar el alma y regociar mi vista con tanto del meneo, que parecian sus rostros colas de mula rabona, ya ojalegres, ya alevados, ya hácia un lado, ya hácia otro. Aun de estos me reia mas; y no creo en amor, si este es amor. Amor que antes de llegar á su punto representa los extremos de su última perfeccion es como camuesa, que sin estar madura huele y está

N-II.

amarilla; amor que sale primero á los ojos y á los me-neos que á las manos no creo en él. Manos muertas y ojos vivos es imaginacion y quimera de amor. Si con este éxtasis de contemplacion tuvieran obras realengas, era entrar por camino real; mas esotras veredas no las conozco; reniego del amor, si ese es amor. Creer que en mirar ventanas echa el amor su caudal, es creer que sin fundamento pintaron al amor con los ojos vendados. Es risa pensar que está atenido el amor á mirame Miguel; no creo en amor, si ese es amor. El amor chapado cierra los ojos y abre los puños, encarcela la lengua y desataca la bolsa; en fin, es calentura que tiene el pulso en las manos. Otros hubo que pensaron de Justina que se moria por Roldanes, y á esta causa pasaban por mi puerta con espadas de á mas de la marca, hechos festones de armas tozadas de instrumentos bélicos. Esto era de dia, que de noche todo era sacar lumbre de las piedras, con los golpes de sus espadas, intentando ruidos hechizos. Uno de estos me acuerdo pasó una vez, entre otras, por mi puerta, y antes de hacer su acostumbra salva, comenzó á hilar y torcer los bigotes, metiendo el uno en la boca, mientras el otro se hilaba; y torcidos ambos, dió un soplo, que sirvió de goma para entiesarlos. Tras esto reconoció espada y daga; y finalmente, dando un rodeon al chapeo, alzó los ojos y dijo: Reina mia, ¿hale enojado alguno? que vive Dios que le acabe. Yo le dije: Si me hubiera usted de matar á quien me enoja, no hiciera usted testamento. Pero con todo eso, viva mil años para hacer reir á las damas.

Con esto se fué él muy contento, y contaba por favor el ventanazo. ¡Oh ignorantes, que pensais que las damas viven de valentías y Roldanajes! Eso es no saber que Cupido jamás ciñó espada ni daga, ni embrazó adarga ni escudo, ni empuñó lanza ni chuzo, ni jugó montante ni alabarda. Son dos cosas entre sí muy diferentes cursar valentía y profesar amor, que lo uno vive en el alma y es huésped del cuerpo, y lo otro vive en el cuerpo y solo tiene por mesonera el alma. Es el amor humano, si está en posesion, noble, alidalgado, manso, apacible, quieto, asentado y reposado. Pero la fiereza y braveza es rigurosa, avara, inquieta, impaciente, tirana, espantosa y formidable. De adonde saco que quien lleva el amor por estos cerros, no conoce qué es amor, ó es su amor cerril, que no puede ser domado menos que con albarda, y aun. Ya quiero callar pretendientes de otras sectas, por no hacer letanía de erradores. Callo los donaires que me decian algunos, tan frios, que al llegar á mi ventana se volyian calamocos ó pinganillos. No digo de los muchos billetes, que fueron en tanto número, que no se hacia empanada en el pueblo que no se sentase sobre ellos, ni rueca de vieja que no se entrase con un rocadero hecho de ellos; una moza tenia que ganó muchos ochavos á engrudar papel de estraza aforrado en billete, y á cuarto el rocadero rayado con bermellon hecho de teja.

¿Qué diré de las músicas zorreras con que me hacian tornar á la memoria el olor del *requiem aeternam*